



MARY
BEARD

CRÍTICA

Mary Beard

SPQR

Una historia
de la antigua Roma



Traducción castellana de Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2016

Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2017

SPQR. Una historia de la antigua Roma

Mary Beard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *SPQR. A history of ancient Rome*

© Mary Beard Publications, 2015

© de la traducción, Silvia Furió Castellví, 2016

© del diseño original de cubierta, Peter Dyer

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN:978-84-17067-48-9

Depósito legal: B. 22.826 - 2017

2017. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Capítulo 1

El mejor momento de Cicerón

SPQR: 63 a. C.

Nuestra historia de la antigua Roma empieza a mediados del siglo I a. C., más de 600 años después de la fundación de la ciudad. Empieza con promesas de revolución, con una conspiración terrorista para destruir la ciudad, con operaciones encubiertas y arengas públicas, con una batalla de romanos contra romanos, y con ciudadanos (inocentes o no) acorralados y ejecutados sumariamente en aras de la seguridad nacional. Es el año 63 a. C. Por una parte, está Lucio Sergio Catilina, un aristócrata descontento y arruinado y artífice de una conjura, eso es lo que se creía, para asesinar a los cargos electos de Roma y quemar esta hasta los cimientos, borrando de paso todas las deudas, tanto de los ricos como de los pobres. Del otro lado, está Marco Tulio Cicerón (en adelante solo «Cicerón»), el famoso orador, filósofo, sacerdote, poeta, político, ingenioso y buen narrador, uno de los señalados para ser asesinado; un hombre que nunca dejó de utilizar sus talentos retóricos para alardear de cómo había descubierto la terrible conspiración de Catilina y salvado al Estado. Aquel fue su mejor momento.

En 63 a. C., la ciudad de Roma era una vasta metrópolis de más de un millón de habitantes, más grande que cualquier otra ciudad europea anterior al siglo XIX y, aunque todavía no tenía emperadores, gobernaba un imperio que se extendía desde His-

pania hasta Siria, desde el sur de Francia hasta el Sahara. Era una creciente mezcla de lujo y basura, libertad y explotación, orgullo cívico y guerra civil homicida. En los capítulos siguientes nos remontaremos mucho más atrás, a los inicios de la era romana y a los primeros logros, beligerantes o no, del pueblo romano. Reflexionaremos acerca de lo que subyace tras algunas de aquellas historias de la Roma arcaica que todavía hoy conmueven, desde «Rómulo y Remo» hasta «la violación de Lucrecia». Y nos haremos las mismas preguntas que los historiadores se han planteado desde la Antigüedad. ¿Cómo, y por qué, una pequeña villa corriente del centro de Italia llegó a crecer más que cualquier otra ciudad del Mediterráneo antiguo y acabó controlando un imperio tan inmenso? ¿Qué tenían los romanos de especial? No obstante, con la historia de Roma no tiene demasiado sentido empezar el relato desde el principio.

Hasta el siglo I a. C. no podemos empezar a explorar Roma de cerca y detalladamente con ojos contemporáneos. De este período se ha conservado una gran abundancia de textos: desde cartas privadas hasta discursos públicos, desde filosofía hasta poesía épica y erótica, culta y sacada directamente de la calle. Gracias a todo ello, podemos seguir los tejemanejes cotidianos de los grandes personajes políticos de Roma, fisgonear en sus trapicheos y negociaciones y atisbar sus puñaladas traperas, metafóricas y literales. Podemos incluso degustar sus vidas privadas: sus riñas matrimoniales, sus problemas económicos, su dolor por la muerte de sus queridos hijos o en ocasiones de sus queridos esclavos. No hay ningún período anterior en la historia de Occidente que se pueda conocer tan bien o tan íntimamente (de la Atenas clásica no tenemos nada parecido a estos ricos y variados testimonios). Tendrá que transcurrir más de un milenio, en el mundo de la Florencia del Renacimiento, para encontrar de nuevo otro lugar que podamos conocer con tanto detalle.

Es más, fue precisamente durante el siglo I a. C. cuando los escritores romanos empezaron sistemáticamente a estudiar los primeros siglos de su ciudad y de su imperio. La curiosidad por el

pasado de Roma se remonta sin duda a tiempos anteriores a este: por ejemplo, podemos leer un análisis del auge del poder de la ciudad escrito por un residente griego de mediados del siglo II a. C. Pero es a partir del siglo I a. C. que los estudiosos y críticos romanos empezaron a plantearse muchas de las preguntas históricas que todavía nos planteamos hoy. Mediante un proceso que combinaba la erudita investigación con una buena dosis de invención constructiva, elaboraron una versión de la Roma arcaica en la que todavía nos basamos en la actualidad. Todavía vemos la historia de Roma, por lo menos en parte, a través de los ojos del siglo I a. C. O, dicho de otro modo, la *historia* de Roma, tal como la conocemos, empezó aquí.

El 63 a. C. es un año significativo en aquel siglo crucial. Para la ciudad fue una época cercana al desastre. A lo largo de los mil años que examinaremos en este libro, Roma se enfrentó al peligro y a la derrota muchas veces. En torno a 390 a. C., por ejemplo, una banda de galos saqueadores ocupó la ciudad. En 218 a. C., como es bien sabido, el guerrero cartaginés Aníbal cruzó los Alpes con sus treinta y siete elefantes e infligió terribles pérdidas en las filas romanas antes de que finalmente consiguieran repelerlo. Las bajas romanas estimadas en la batalla de Cannas, en 216 a. C., hasta 70.000 muertos en una sola tarde, la convierten en un baño de sangre tan inmenso como Gettysburg o el primer día de la batalla del Somme, o quizá incluso más. Y, casi igual de terrible en la imaginación romana, en la década de los años 70 a. C., una fuerza improvisada de ex gladiadores y fugitivos, bajo el mando de Espartaco, se reveló superior a algunas legiones mal adiestradas. Los romanos nunca fueron tan invencibles en la batalla como se tiende a pensar, ni como a ellos les gustaba aparentar. Sin embargo, en 63 a. C. se enfrentaron al enemigo interno, a un complot terrorista en el corazón mismo de la institución romana.

El relato de esta crisis todavía puede rastrearse con todo lujo de detalles, día a día, a veces hora a hora, pues sabemos exactamente dónde sucedieron gran parte de los hechos, y en unos



1. Los pesados arcos y columnas del «*Tabularium*», incrustados en el Palazzo de Miguel Ángel que se yergue encima, aún son hoy en día una importante referencia de un extremo del foro romano. Construido solo dos décadas antes del consulado de Cicerón en el año 63 a. C., debió de ser en aquel entonces uno de los más espléndidos avances arquitectónicos recientes. Su función está menos clara. Sin duda, era algún tipo de edificio público, pero no necesariamente el «Archivo» (*tabularium*), como a menudo se ha supuesto.

cuantos lugares aún podemos contemplar los monumentos que dominaban la escena en 63 a. C. Podemos seguir las operaciones encubiertas que proporcionaron a Cicerón la información sobre la conjura y ver cómo obligaron a Catilina a abandonar la ciudad en busca de su improvisado ejército al norte de Roma y a combatir contra las legiones oficiales de Roma, perdiendo la vida. También podemos escudriñar algunos de los argumentos, polémicas y cuestiones que planteó y sigue planteando aquella crisis. La dura respuesta de Cicerón —incluyendo las ejecuciones sumarias— presentada en forma de soluciones rigurosas nos inquieta incluso hoy en día. ¿Es legítimo eliminar a los «terroristas» al

margen del debido procedimiento legal? ¿Hasta qué punto deben sacrificarse los derechos civiles en el interés de la seguridad nacional? Los romanos nunca dejaron de debatir «la conjura de Catilina», como se la acabó denominando. ¿Era Catilina absolutamente malvado o había algo que pudiera servir de atenuante por lo que hizo? ¿A qué precio se evitó la revolución? Los sucesos de 63 a. C. y las muletillas que crearon resuenan a lo largo de la historia de Occidente. Algunas de las palabras exactas que se pronunciaron en los tensos debates que siguieron al descubrimiento de la conjura todavía tienen un lugar en nuestra retórica política y, como veremos, todavía se exhiben en carteles y pancartas, incluso en los *tweets*, de protesta política moderna.

Dejando de lado los aciertos y los errores, «la conjura» nos lleva al centro de la vida política romana del siglo I a. C., a sus convenciones, controversias y conflictos. Nos permite observar en acción al «Senado» y al «pueblo romano», las dos instituciones cuyos nombres están integrados en el título *SPQR* (*Senatus PopulusQue Romanus*). Individualmente, y a veces en franca oposición, estas eran las dos fuentes principales de autoridad política en la Roma del siglo I a. C. Unidas formaban un eslogan abreviado que representaba el poder legítimo del Estado romano, un eslogan que perduró a lo largo de la historia de Roma y que sigue utilizándose en Italia en el siglo XXI d. C. De forma más general, el Senado (menos el *PopulusQue Romanus*) ha prestado su nombre a las asambleas legislativas modernas de todo el mundo, desde Estados Unidos hasta Ruanda.

El reparto de actores de la crisis incluye a los personajes más famosos de la historia de Roma. Cayo Julio César, que entonces estaba en la treintena, llevó a cabo una contribución radical al debate de cómo castigar a los conspiradores. Marco Licinio Craso, el plutócrata romano que declaró que nadie podía considerarse rico si no tenía el efectivo suficiente para reclutar a su propio ejército, desempeñó un misterioso papel entre bambalinas. Pero en el centro del escenario, como principal adversario de Catilina, encontramos a la única persona que podemos conocer mejor que

a cualquier otra en todo el mundo antiguo. Los discursos, ensayos, cartas, bromas y poesías de Cicerón llenan docenas de volúmenes de texto impreso moderno. No hay nadie más en la Antigüedad hasta Agustín —santo cristiano, teólogo prolífico y ávido conocedor de sí mismo—, cuatrocientos cincuenta años más tarde, cuya vida pública y privada esté lo suficientemente documentada como para poder reconstruir una biografía plausible en términos modernos. En buena medida, vemos a través de los escritos de Cicerón, de sus ojos y de sus prejuicios, el mundo romano del siglo I a. C. y gran parte de la historia de la ciudad hasta sus días. El año 63 a. C. fue el punto de inflexión de su carrera: las cosas nunca volvieron a irle tan bien a Cicerón. Su carrera terminó veinte años después con un fracaso. Todavía seguro de su propia importancia, a veces un nombre para evocar pero ya no de primera línea, fue asesinado en las guerras civiles que siguieron al asesinato de Julio César en el año 44 a. C., y su cabeza y mano



2. SPQR se encuentra todavía grabado por toda la ciudad de Roma, en todas partes, desde en las tapas de la alcantarilla hasta en las papeleras. Se remonta a la época de Cicerón, y se ha convertido en uno de los acrónimos más duraderos de la historia. Como era de esperar, ha provocado parodias. Una de las favoritas de los italianos es «*Sono Pazzi Questi Romani*»: «Están locos estos romanos».

derecha clavadas en el centro de Roma para que todo el mundo las viera, y para ser desfigurado y mutilado.

La espeluznante muerte de Cicerón presagiaba una revolución todavía más cruenta en el siglo I a. C., que comenzó con una forma de poder político popular, aunque no exactamente una «democracia», y terminó con un autócrata sentado en el trono y con el imperio romano bajo el gobierno de un solo hombre. Por más que Cicerón hubiese «salvado al Estado», la verdad es que el Estado en la forma que él lo conoció no duraría demasiado. Había otra revolución en ciernes, que tendría más éxito que la de Catilina. Al «Senado y pueblo romano» pronto se le añadió la arrogante figura del «emperador», encarnada en una serie de autócratas que fueron parte de la historia de Occidente, adulados y agredidos, obedecidos e ignorados, durante siglos. Pero este relato viene más adelante en *SPQR*, porque ahora pondremos los pies en uno de los momentos más memorables, jugosos y reveladores de toda la historia de Roma.

Cicerón versus Catilina

El conflicto entre Cicerón y Catilina fue en parte un choque de ideologías políticas y ambición, pero también fue una disputa entre hombres de orígenes muy diferentes. Ambos estaban en la cúspide de la política romana, o muy cerca de ella, pero ahí es donde terminan las similitudes. De hecho, sus trayectorias opuestas ofrecen un vívido ejemplo de lo variada que podía ser la vida política en la Roma del siglo I a. C.

Catilina, el futuro revolucionario, tuvo un comienzo más convencional, más privilegiado y al parecer más seguro en la vida, y también en la política. Procedía de una rancia y distinguida familia cuyo linaje se remontaba siglos atrás hasta los míticos padres fundadores de Roma. Se decía que su antepasado Sergesto había huido de Oriente hacia Italia con Eneas después de la guerra de Troya, antes incluso de que existiese la ciudad de Roma. Entre

sus ancestros de sangre azul estaba su bisabuelo, un héroe de la guerra contra Aníbal, con un derecho añadido a la fama por ser el primer hombre conocido que había entrado en combate con una mano ortopédica: probablemente no era más que un garfio de metal que reemplazaba la mano derecha, perdida en una batalla anterior. El propio Catilina tuvo éxito en los comienzos de su carrera y fue elegido para una serie de cargos políticos menores, pero en el año 63 a. C. estuvo muy cerca de la ruina. Su nombre se vio involucrado en una serie de delitos, desde el asesinato de su primera esposa y de su propio hijo hasta prácticas sexuales con una sacerdotisa virgen. Pero, fuesen cuales fuesen sus gravosos vicios, sus problemas financieros procedían en parte de sus repetidos intentos por asegurar su elección a uno de los dos consulados, el cargo político más poderoso de la ciudad.

En Roma, la campaña electoral podía ser un asunto muy costoso. En el siglo I a. C. requería la clase de pródiga generosidad que no siempre es fácil de distinguir del soborno. Había mucho en juego, pues los hombres que salían victoriosos en las elecciones tenían la oportunidad de recuperar su desembolso, legal o ilegalmente, con algunas de las ventajas del cargo. Los que fracasaban —y, como las derrotas militares, había muchos más de estos en Roma de lo que normalmente se reconoce— se endeudaban todavía más.

Esta era la situación de Catilina después de haber sido derrotado en las elecciones anuales para el Consulado en 64 y 63 a. C. Aunque la historia tradicional asegura que ya antes había mostrado inclinaciones en esta dirección, ahora no tenía más opción que recurrir a la «revolución» o a la «acción directa» o al «terrorismo», o como queramos llamarlo. Tras unir fuerzas con las de otros desesperados de la clase alta que se encontraban en apuros similares, apeló al apoyo de los pobres descontentos de la ciudad mientras reunía a su improvisado ejército fuera de ella. No cesaban sus temerarias promesas de cancelar las deudas (una de las formas más despreciables de radicalismo a ojos de las clases terratenientes romanas) ni sus osadas ame-

nazas de eliminar a los políticos dirigentes e incendiar la ciudad entera.

O así fue como Cicerón, convencido de que había sido señalado para ser destruido, resumió los motivos y los objetivos de su adversario. Él tenía un linaje muy distinto al de Catilina. Provenía de una familia adinerada, de origen terrateniente, como todos los políticos romanos que tenían un nivel elevado. No obstante, sus orígenes estaban fuera de la capital, en el pequeño pueblo de Arpino, a unos 112 kilómetros de Roma, o como mínimo a un día de distancia a la velocidad de viaje de aquella época. A pesar de que debieron ser protagonistas importantes en su localidad, ningún miembro de su familia había destacado en la escena política romana antes que él. Al carecer de todas las ventajas de Catilina, Cicerón confió en sus talentos innatos, en las relaciones de alto nivel que cultivaba asiduamente, para abrirse camino hacia la cúspide con la palabra. Es decir, su principal argumento para la fama era el de abogado estrella en los tribunales romanos; y el estatus de celebridad y los partidarios prominentes que esto le proporcionaba, facilitaron su elección a todos los puestos menores requeridos uno tras otro, lo mismo que Catilina. En el año 64 a. C., donde Catilina fracasó, Cicerón consiguió ganar la carrera para el Consulado del año siguiente.

Aquel momento cumbre no había sido un desenlace totalmente previsible. A pesar de toda su celebridad, Cicerón se enfrentaba a la desventaja de ser un «hombre nuevo», como denominaban los romanos a aquellos que carecían de linaje político, y en cierto momento parece que incluso sopesó la posibilidad de establecer un pacto electoral con Catilina, independientemente de su buena o mala reputación. Sin embargo, los votantes influyentes decantaron la balanza. El sistema electoral romano daba abierta y descaradamente un peso adicional a los votos de los ricos, y muchos de ellos debieron de llegar a la conclusión de que Cicerón era mejor opción que Catilina, a pesar del elitista desdén por su «novedad». Algunos de sus rivales decían que no era más que un «huésped» de Roma, un «ciudadano de media jornada», pero obtuvo el mayor número de votos. Catilina termi-

nó en un fallido tercer puesto. En segundo lugar, el otro cónsul elegido fue Cayo Antonio Híbrida, tío de un Antonio aún más famoso (Marco Antonio), cuya reputación resultó no ser mejor que la de Catilina.

En el verano de 63 a. C., parece que llegó a oídos de Cicerón el peligro real que suponía Catilina, quien volvía a probar suerte como candidato. Sirviéndose de su autoridad como cónsul, Cicerón pospuso la siguiente ronda de elecciones, y cuando finalmente permitió que siguieran adelante, apareció ante las urnas acompañado de una guardia armada y con la coraza militar claramente visible bajo la toga. Fue una exhibición histriónica, y la combinación del aparato civil y militar alarmantemente incongruente, como si un político moderno entrase en la asamblea legislativa ataviado con traje formal y una ametralladora colgada del hombro. Pero funcionó. Las tácticas basadas en el miedo, combinadas con el vociferante programa populista de Catilina, aseguraron una vez más su derrota. Su declaración de ser un indigente que representaba a otros indigentes difícilmente podía granjearle los votos de la élite.

Poco después de las elecciones, en algún momento de comienzos de otoño, Cicerón empezó a recibir pruebas fehacientes de un complot violento. Desde hacía mucho le llegaba un goteo constante de información a través de la novia de uno de los «cómplices» de Catilina, una mujer llamada Fulvia, que se había convertido en una agente doble. Gracias a un nuevo acto de traición del otro bando, y a través del adinerado Marco Craso como intermediario, tenía en sus manos un fajo de cartas que incriminaban a Catilina y hacían referencia al terrible derramamiento de sangre que se planeaba. Esta información que no tardó en ser complementada con informes precisos de que fuerzas armadas empezaban a congregarse en el norte de la ciudad en apoyo a la insurrección. Finalmente, tras esquivar un intento de asesinato planificado para el 7 de noviembre, gracias a un soplo de Fulvia, Cicerón convocó al Senado para el día siguiente con el fin de denunciar formalmente a Catilina y provocar su huida de Roma.

En octubre, los senadores ya habían promulgado un decreto instando (o permitiendo) a Cicerón a que, en calidad de cónsul, «se asegurase de que el Estado no sufriera daño alguno», a grandes rasgos el equivalente antiguo de la moderna ley de «poderes extraordinarios» o «prevención de terrorismo», no menos polémica. El 8 de noviembre escuchaban con atención mientras Cicerón desgranaba toda su argumentación contra Catilina en un ataque virulento y bien informado. Fue una maravillosa mezcla de furia, indignación, autocritica y, al parecer, datos sólidos. Tan pronto recordaba a la compañía reunida el tristemente célebre pasado de Catilina, como lamentaba falsamente no haber reaccionado él mismo lo bastante rápido ante el peligro. Acto seguido revelaba los detalles exactos de la conjura: en casa de quién se habían reunido los conspiradores, en qué fechas, quién estaba implicado y cuáles eran exactamente sus planes. Catilina se había presentado para hacer frente a la denuncia en persona, y pidió a los senadores que no creyesen todo lo que se les decía e hizo mofa de los modestos orígenes de Cicerón al compararlos con sus distinguidos antepasados y sus espléndidos logros. No obstante, debió de darse cuenta de que su posición era desesperada, pues abandonó la ciudad a lo largo de la noche.

En el Senado

El enfrentamiento entre Cicerón y Catilina ante el Senado es el momento culminante de toda la historia: los dos adversarios aparecen cara a cara en una institución que constituía el eje central de la política romana. Pero ¿cómo hemos de imaginárnoslo? El intento moderno más conocido por representar ante nuestros ojos lo que sucedió aquel 8 de noviembre es una pintura del artista italiano del siglo XIX Cesare Maccari (detallada más adelante y en la lámina 1). Se trata de una imagen que encaja perfectamente con muchas de nuestras ideas preconcebidas de la antigua Roma y de su vida pública, majestuosa, espaciosa, formal y elegante.



3. En la pintura de la escena del Senado de Maccari, Cicerón está en pleno discurso, al parecer hablando sin recurrir a anotaciones. Capta a la perfección una de las aspiraciones definitivas de la élite romana: ser un «hombre honrado diestro en el arte de hablar» (*vir bonus dicendi peritus*).

Es también una imagen con la que Cicerón estaría encantado. Catilina se sienta aislado, con la cabeza gacha, como si nadie quisiera correr el riesgo de estar cerca de él, y mucho menos de hablar con él. Mientras tanto, Cicerón es la estrella de la escena, de pie junto a lo que parece un humeante brasero frente a un altar, arengando al atento público de senadores ataviados con toga. El atuendo diario de los romanos —túnicas, capas e incluso en algunas ocasiones pantalones— era mucho más variado y colorido que este. Sin embargo, la toga era la vestimenta formal nacional: los romanos se definían a sí mismos como la *gens togata*, «la raza que lleva toga», mientras que algunos contemporáneos forasteros se reían de esta extraña y engorrosa prenda. Las togas eran blancas con una cenefa púrpura añadida para aquellos que ostentaban cargos públicos. De hecho, la palabra moderna de «candidato» deriva del latín *candidatus*, que significa «blanqueado» y hace referencia a las togas blanqueadas que llevaban los romanos durante las campañas electorales para impresionar a los votantes.

En un mundo en el que el estatus tenía que exhibirse, las sutilezas en el vestir iban incluso más lejos: había también una ancha franja púrpura en las túnicas que los senadores llevaban debajo de la toga, y otra ligeramente más estrecha si uno pertenecía al rango inferior de la sociedad romana, el de «ecuestre» o «caballero», y un calzado especial para ambos rangos.

Maccari ha plasmado las llamativas togas de los senadores, aunque parece haber olvidado las importantes cenefas. No obstante, en todo lo demás, la pintura no es más que una fantasía seductora de la ocasión y del escenario. Para empezar, Cicerón está representado como un anciano estadista de pelo cano y Catilina como un joven villano malhumorado, cuando en realidad ambos estaban en la cuarentena, y Catilina era dos años mayor que Cicerón. Además, se trata de una reunión muy poco concurrida: a menos que imaginemos que todos los demás están fuera de escena, apenas hay cincuenta senadores escuchando el trascendental discurso.

A mediados del siglo I a. C., el Senado era un órgano de unos seiscientos miembros, todos ellos hombres elegidos para cargos políticos (y digo «todos ellos hombres» porque ninguna mujer ostentó jamás cargo político alguno en la antigua Roma). Cualquiera que hubiese ocupado el puesto inferior de cuestor, para el que cada año se elegía a veinte hombres, accedía automáticamente al Senado con un escaño vitalicio. Se reunían con regularidad, debatían, aconsejaban a los cónsules y promulgaban decretos, que en la práctica solían obedecerse, aunque, como no tenían fuerza de ley, siempre existía la incómoda cuestión de qué sucedería si un decreto del Senado se incumplía o se ignoraba. Sin duda, la asistencia fluctuaba, pero con toda seguridad esta reunión en particular debió de estar bastante concurrida.

En cuanto al escenario, parece bastante romano, pero con la enorme columna que se extiende fuera de la vista y el magnífico mármol de brillantes colores que cubre las paredes, resulta demasiado ostentoso para la Roma de este período. La imagen moderna que tenemos de la ciudad antigua como un espectáculo de

reluciente mármol a gran escala no es del todo errónea. No obstante, se trata de una evolución posterior en la historia de Roma, que empezó con la llegada del gobierno de un solo hombre bajo los emperadores y con la primera explotación sistemática de las canteras de mármol de Carrara en el norte de Italia, más de treinta años después de la crisis de Catilina.

La Roma de tiempos de Cicerón, con un millón de habitantes, estaba construida en gran parte con ladrillo o piedra local y era un laberinto de calles tortuosas y oscuras avenidas. Un visitante procedente de Atenas o de la Alejandría de Egipto, donde había numerosos edificios al estilo de la pintura de Maccari, habría encontrado el lugar mediocre, por no decir sórdido. Era tal semillero de enfermedades que un médico romano escribió que uno no necesitaba leer los libros de texto para investigar la malaria: en la ciudad de Roma se convivía con ella. El mercado del alquiler en los suburbios proporcionaba un mísero alojamiento a los pobres, pero con lucrativos beneficios para los caseros sin escrúpulos. El propio Cicerón había invertido cuantiosas sumas de dinero en propiedades de baja calidad y una vez bromeó diciendo, más por superioridad que por vergüenza, que incluso las ratas habían hecho las maletas y se habían marchado de uno de sus ruinosos bloques de alquiler.

Algunos de los romanos más ricos habían empezado a sorprender a los mirones con sus lujosas casas particulares, equipadas con elaboradas pinturas, elegantes estatuas griegas, muebles sofisticados (las mesas de una sola pata causaban una especial envidia y entusiasmo), e incluso columnas de mármol importado. Había también unos cuantos edificios públicos dispersos diseñados con magnificencia, construidos (o revestidos) de mármol, que ofrecían un atisbo del lujoso rostro de la ciudad que estaba por venir. Pero la ubicación de la reunión del 8 de noviembre no guardaba ningún parecido con todo esto.

Cicerón había convocado a los senadores para reunirse, como solían hacer a menudo, en un templo: en esta ocasión un viejo y modesto edificio dedicado al dios Júpiter, cerca del foro, en el

corazón de la ciudad, construido siguiendo el patrón de planta rectangular, no la estructura semicircular de la fantasía de Macca-ri. Probablemente era pequeño y mal iluminado, con lámparas y antorchas que compensaban la falta de ventanas. Hemos de imaginar a varios centenares de senadores apretujados en un espacio sofocante y abarrotado, algunos sentados en improvisadas sillas o bancos, otros, de pie y empujándose, bajo alguna antigua y venerable estatua de Júpiter. Era sin duda una ocasión trascendental en la historia de Roma, pero también con toda certeza, como en muchas cosas de Roma, mucho menos elegante de lo que nos gusta imaginar.

Triunfo y humillación

La escena posterior a todo aquello no ha sido recreada por pintores embelesados. Catilina abandonó la ciudad para unirse a sus partidarios que habían concentrado un improvisado ejército fuera de Roma. Entretanto, Cicerón urdió una astuta operación encubierta para desenmascarar a los conspiradores que todavía quedaban en la ciudad. Imprudentemente, como se vio después, habían intentado implicar en el complot a una delegación de hombres procedentes de la Galia que habían acudido a Roma para quejarse de la explotación que estaban sufriendo a manos de los gobernadores provinciales romanos. Sea cual fuere la razón —quizá no fue más que el instinto de apoyar al vencedor—, esos galos decidieron trabajar en secreto con Cicerón y pudieron proporcionar pruebas definitivas de nombres, lugares, planes y algunas cartas adicionales con información incriminatoria. Se produjeron los consiguientes arrestos y también las típicas excusas poco convincentes. Cuando encontraron la casa de uno de los conspiradores llena de armas, el hombre reivindicó su inocencia diciendo que su afición era coleccionarlas.

El 5 de diciembre, Cicerón volvió a convocar al Senado para debatir lo que había que hacer con los hombres que estaban bajo

arresto. Esta vez los senadores se congregaron en el templo de la diosa Concordia, o Armonía, una señal inequívoca de que los asuntos de Estado eran de todo menos armoniosos. Julio César hizo la osada propuesta de que los conspiradores apresados fueran encarcelados: bien, según una versión, hasta que pudieran ser debidamente juzgados, una vez terminada la crisis o, según otra, para toda la vida. Las penas de cárcel no eran las sentencias favoritas en el mundo antiguo; las prisiones eran poco más que lugares en los que se retenía a los criminales antes de su ejecución. Las multas, el exilio y la muerte constituían el repertorio habitual de los castigos en Roma. Si César realmente abogó por la cadena perpetua en 63 a. C., entonces fue probablemente la primera vez en la historia de Occidente que se propuso como alternativa a la pena de muerte, sin éxito. Escudándose en el decreto de poderes extraordinarios y en el vociferante apoyo de muchos senadores, Cicerón hizo ejecutar a los hombres sumariamente, sin ni siquiera un juicio de farsa. Con triunfalismo, anunció sus muertes a la entusiasmada multitud con un famoso eufemismo de una sola palabra: *vixere*, «han vivido»; es decir, «están muertos».

Al cabo de pocas semanas, las legiones romanas derrotaron al ejército de Catilina formado por los descontentos en el norte de Italia. El propio Catilina cayó luchando con valentía al frente de sus hombres. El comandante romano, el colega consular de Cicerón, Antonio Híbrida, alegó dolor de pies el día de la batalla final y entregó el mando a su número dos, levantando así sospechas en algunos sectores sobre cuáles eran exactamente sus simpatías. Y no fue el único cuyos motivos se cuestionaron. En el mundo antiguo ha habido toda clase de especulaciones, descabelladas y no concluyentes, acerca de qué hombres de éxito pudieron haber respaldado en secreto a Catilina. ¿Fue en realidad el agente del taimado Marco Craso? ¿Y cuál era la verdadera postura de César?

La derrota de Catilina supuso indudablemente una notable victoria para Cicerón, y sus partidarios lo apodaron *pater patriae*, o «padre de la patria», uno de los títulos más espléndidos y satis-

factorios que uno podía ostentar en una sociedad altamente patriarcal como Roma. Pero su éxito no tardó en enturbiarse. El último día en su cargo de cónsul, dos rivales políticos impidieron que pronunciase el habitual discurso de despedida en una reunión del pueblo romano: «Aquellos que han castigado a otros sin ser escuchados en una audiencia —insistieron— no deberían tener el derecho de ser escuchados». Unos años después, en 58 a. C., el pueblo romano votó, como norma general, expulsar a cualquiera que hubiera ejecutado a un ciudadano romano sin juicio previo. Cicerón abandonó Roma antes de que se aprobase una ley que lo condenaba al exilio.

En esta historia, el *Populus(Que) Romanus* (el PQR del *SPQR*) no ha desempeñado ningún papel prominente. El «pueblo» era un órgano mucho más grande y amorfo que el Senado, formado, en términos políticos, por todos los ciudadanos romanos varones. Las mujeres no tenían ningún derecho político formal. En el año 63 a. C. había en torno a un millón de hombres dispersos en la capital y en toda Italia, e incluso más lejos. En la práctica, normalmente estaba compuesto por los pocos miles o centenares que, por un determinado motivo, decidían acudir a la ciudad de Roma para elecciones, votaciones o reuniones. Una de las grandes polémicas sobre la historia de Roma, incluso en el mundo antiguo, ha sido siempre la de determinar hasta qué punto podía influir el pueblo. Dos cosas son ciertas: en este período, solo el pueblo podía elegir a los cargos políticos del Estado romano, e independientemente de lo azul que fuera tu sangre, solo podías ostentar un cargo, como el de cónsul, si el pueblo romano te elegía. A diferencia del Senado, solamente el pueblo podía ejercer la ley. En 58 a. C., los enemigos de Cicerón esgrimieron que, por más autoridad que reclamase bajo la cobertura del decreto de prevención del terrorismo aprobado por el Senado, las ejecuciones de los partidarios de Catilina habían incumplido el derecho fundamental de todo ciudadano romano a un juicio justo, por lo que correspondía al pueblo la decisión de exiliarlo.

El antaño «padre de la patria» pasó un desdichado año en el

norte de Grecia (su despreciable autocompasión no resulta agradable), hasta que el pueblo votó su regreso. Sus partidarios lo recibieron con aclamaciones, pero su casa de la ciudad había sido demolida y, para poner la cuestión política en su sitio, en su lugar se había erigido un santuario a Libertas; así pues, su carrera nunca llegó a recuperarse del todo.

Puesto todo por escrito

Los motivos por los cuales podemos contar esta historia con tanto detalle son muy simples: los propios romanos escribieron abundantemente sobre este suceso, y mucho de lo que escribieron se ha conservado. Los historiadores modernos a menudo se lamentan de lo poco que podemos saber de ciertos aspectos del mundo antiguo. «Piensa solo lo que no sabemos acerca de las vidas de los pobres —se lamentan—, o del punto de vista de las mujeres.» Esto resulta tan anacrónico como engañoso. Los escritores de la literatura romana *eran* casi exclusivamente hombres, o, por lo menos, muy pocas obras de mujeres han llegado hasta nosotros (la autobiografía de la madre del emperador Nerón, Agripina, es una de las pérdidas más lamentables de la literatura clásica). Estos hombres pertenecían en su gran mayoría a la clase acomodada, aunque a algunos poetas romanos les gustaba fingir, como todavía lo hacen en algunas ocasiones, que morían de inanición en buhardillas. Sin embargo, las quejas esquivan una cuestión mucho más importante.

El hecho más simple y extraordinario sobre el mundo romano es que mucho de lo que los romanos escribieron se ha conservado a lo largo de más de dos milenios. Tenemos su poesía, sus cartas, sus ensayos, sus discursos y sus historias, a los que ya me he referido, pero también poseemos novelas, geografías, sátiras y resmas y más resmas de textos técnicos sobre todos los temas, desde ingeniería del agua hasta medicina y enfermedades. Esta supervivencia se debe en gran medida a la diligencia de los mon-

jes medievales que transcribieron a mano, una y otra vez, las que en su opinión eran las obras más importantes y útiles de la literatura clásica, con una contribución significativa, aunque a menudo olvidada, de los eruditos islámicos medievales que tradujeron al árabe materiales filosóficos y científicos. Gracias a los arqueólogos que han rescatado papiros de las arenas y montículos de basura de Egipto, tablillas de escritura de madera de bases militares romanas en el norte de Inglaterra y elocuentes lápidas por todo el imperio, tenemos destellos de la vida y cartas de algunos de los habitantes más corrientes del mundo romano. Tenemos notas enviadas a casa, listas de la compra, libros de cuentas y últimos mensajes grabados en las tumbas. A pesar de que todo esto no es más que una pequeña parte de lo que antaño existió, tenemos acceso a más literatura romana, y más escritos romanos en general, de lo que cualquier persona podría llegar a dominar a fondo en el transcurso de una vida.

Por lo tanto, ¿qué es exactamente lo que sabemos del conflicto entre Catilina y Cicerón? La historia nos ha llegado por diversos cauces, y es en parte la variedad lo que la hace tan rica y fecunda. Hay breves relatos en las obras de algunos antiguos historiadores romanos, entre ellos una antigua biografía del propio Cicerón: todo ello escrito unos cien años o más después de los mencionados acontecimientos. El más importante y revelador es un extenso ensayo de unas cincuenta páginas en una traducción convencional inglesa, que ofrece una detallada descripción, y análisis, de la *Guerra de Catilina*, o *Bellum Catilinae*, para utilizar lo que sin duda fue su antiguo título. Fue escrita tan solo veinte años después de la «guerra», en la década de los años 40 a. C., por Cayo Salustio Crispo, o «Salustio», como normalmente se le conoce. Era amigo y aliado de Julio César y, como Cicerón, un «hombre nuevo», pero con una reputación política contradictoria: su período como gobernador romano en el norte de África fue infame, incluso para los parámetros romanos, por su corrupción y extorsión. No obstante, a pesar de su carrera no del todo respetable, o quizá debido a ello, el ensayo de Salustio

es uno de los textos más agudos de análisis político que nos ha llegado del mundo antiguo.

Salustio no narró simplemente el desarrollo de la historia del intento de insurrección, sus causas y su desenlace. Utilizó la figura de Catilina como emblema de los grandes fracasos de la Roma del siglo I a. C. En opinión de Salustio, la fibra moral de la cultura romana había sido aniquilada por el éxito de la ciudad y por la riqueza, la avaricia y las ansias de poder que siguieron a la conquista del Mediterráneo y a la derrota de todos sus rivales importantes. El momento crucial llegó ochenta y tres años antes de la guerra contra Catilina, cuando en 146 a. C. los ejércitos romanos destruyeron Cartago, base militar de Aníbal en el norte de África. Después de estos acontecimientos, pensaba Salustio, no quedaban amenazas significativas frente al dominio romano. Es posible que Catilina tuviera cualidades positivas, como aceptaba Salustio, desde el coraje en primera línea de batalla hasta extraordinarios poderes de resistencia: «Su capacidad de soportar el hambre, el frío o la privación de sueño era increíble». Pero también simbolizaba mucho de lo que estaba mal en la Roma de su época.

Tras el ensayo de Salustio subyacen otros documentos eloquentes, que en última instancia remiten a la mano del propio Cicerón y dan su versión de los hechos. Algunas de las cartas que escribió a su íntimo amigo Tito Pomponio Ático, un hombre acaudalado que nunca entró en la política formal pero que a menudo movía los hilos desde las bandas, mencionan sus, al principio cordiales, relaciones con Catilina. Entremezclado con las noticias domésticas sobre el nacimiento de su hijo («Deja que te lo diga, me he convertido en padre...») y la llegada de nuevas estatuas procedentes de Grecia para decorar su casa, Cicerón explica en el año 65 a. C. que estaba considerando llevar la defensa de Catilina en los tribunales, con la esperanza de que más adelante pudieran trabajar juntos.

Cómo terminaron estas cartas siendo de dominio público es un verdadero misterio. Es muy probable que un miembro de la casa de Cicerón hiciera copias de las mismas, disponibles tras su

muerte, y rápidamente circularon entre lectores curiosos, partidarios y enemigos. Nunca se publicó nada, tal como lo entendemos hoy, en el mundo antiguo. En total sobreviven casi unas mil cartas, escritas a y por el gran hombre a lo largo de los últimos veinte años de su vida. Las misivas revelan su autocompasión en el exilio («¡Todo cuanto puedo hacer es llorar!») y su aficción por la muerte de su hija tras dar a luz, pero al mismo tiempo cubren temas sobre representantes dedicados al latrocinio, sobre divorcios en la sociedad, y hasta hablan de las ambiciones de Julio César; constituyen algunos de los documentos más fascinantes que tenemos de la antigua Roma.

Igualmente fascinante, y quizá todavía más sorprendente, es la conservación de parte de un largo poema que escribió Cicerón para celebrar los logros de su Consulado; no está completo, pero fue lo suficientemente famoso, o infame, para que otros escritores de la Antigüedad y el propio Cicerón citasen setenta versos o más de dicho poema en obras posteriores. Incluye uno de los versos más tristemente célebres de mala poesía latina que se ha abierto camino hasta nosotros a través de la Alta Edad Media: «*Ofortunatam natam me consule Romam*»: una cantinela que sonaba algo así como «Roma fue un estado afortunado / nacida en mi gran consulado». Es más, con lo que se ha considerado una importante, si bien ligeramente divertida, falta de modestia, representaba al parecer a una «asamblea de los dioses» en la que un cónsul sobrehumano debate con el Senado divino en el monte Olimpo la manera de manejar la conjura de Catilina.

En el siglo I a. C., en Roma la reputación y la fama dependían no solo del boca a boca sino también de la publicidad, a veces minuciosa e incluso torpemente orquestada. Sabemos que Cicerón trató de convencer a uno de sus amigos historiadores, Lucio Luceyo, para que escribiera un relato celebrando la derrota infligida a Catilina y su secuela («Me encantaría sobremanera que mi nombre apareciera bajo el foco de tu escritura», le dijo en una carta), y también esperaba que un poeta griego de moda, cuyo complicado caso de inmigración había defendido en los tribuna-

les de Roma, compusiera un meritorio poema épico sobre este mismo tema. Al final tuvo que escribirse su poema conmemorativo a sí mismo. Algunos críticos modernos han intentado defender, sin demasiada convicción, la calidad literaria de su obra, e incluso de lo que se ha convertido en su verso identificativo («*O fortunatam natam...*»). La mayoría de críticos romanos cuyo criterio sobre el tema ha sobrevivido satirizaron tanto la vanidad de la empresa como su lenguaje. Incluso uno de los mayores admiradores de Cicerón, un aplicado estudiante de sus técnicas de oratoria, lamentaba que «se hubiera pasado tanto de la raya». Otros ridiculizaron o parodiaron con regocijo el poema.

No obstante, el acceso más directo que tenemos de los acontecimientos del año 63 a. C. procede de los guiones de algunos de los discursos que Cicerón pronunció en el momento de la insurrección. Dos se pronunciaron en reuniones públicas del pueblo romano, actualizados de acuerdo con el desarrollo de las investigaciones de la conjura de Catilina, en que se anuncia la victoria sobre los disidentes. Uno de ellos fue la contribución de Cicerón al debate en el Senado el 5 de diciembre, que determinó la pena adecuada para los arrestados. El más famoso de todos fue el discurso pronunciado el 8 de noviembre en el Senado, denunciando a Catilina con las palabras que imaginamos que fluirían de su boca en la pintura de Maccari.

Es probable que el propio Cicerón hiciese circular copias de todos ellos poco después de haberlos pronunciado, laboriosamente transcritos por un pequeño ejército de esclavos. Estos, a diferencia de sus esfuerzos en poesía, se convirtieron enseguida en clásicos de la literatura latina admirados y profusamente citados, en excelentes ejemplos de alta oratoria para ser aprendidos e imitados por los escolares romanos y futuros oradores públicos a lo largo de la Antigüedad. Incluso los leían y estudiaban aquellos que no hablaban el latín con total fluidez. Esto es lo que sucedió en el Egipto romano cuatrocientos años más tarde. Las primeras copias de estos documentos que sobrevivieron se han encontrado en papiros fechados en el siglo IV o V d. C., de los que hoy en

día solo quedan pequeños fragmentos de lo que originalmente fueron textos mucho más largos. Incluyen el original latino y una traducción al griego palabra por palabra. Hemos de imaginarnos a un nativo de habla griega en Egipto batallando y requiriendo ayuda para llegar a comprender el lenguaje original de Cicerón.

Muchos estudiantes posteriores han batallado también con estos textos. Este grupo de cuatro discursos, *Contra Catilina (In Catilinam)* o las *Catilinarias*, como se los conoce a menudo, se abrió paso hasta entrar en las tradiciones culturales y educativas de Occidente. Copiados y diseminados a través de los monasterios medievales, sirvieron para que generaciones de alumnos se ejercitasen en la lengua latina, y fueron minuciosamente analizados como obras de arte literarias por intelectuales y teóricos de la retórica del Renacimiento. Incluso hoy en día, en ediciones impresas mecánicamente, conservan su lugar en el programa de los que estudian latín, y siguen siendo modelos de oratoria persuasiva, cuyas técnicas subyacen tras algunos de los discursos modernos más famosos, entre ellos los de Tony Blair y Barack Obama.

Las palabras de apertura del discurso de Cicerón pronunciado el 8 de noviembre (la *Primera Catilinaria*) no tardaron en convertirse en una de las citas más conocidas e inmediatamente reconocibles del mundo romano: «*Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*» («¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?»); fueron seguidas de cerca, unas líneas más abajo en el texto escrito, por el enérgico y todavía repetido eslogan «*O tempora, o mores*» («¡Oh, en qué mundo vivimos!», o, literalmente, «¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!»). De hecho, la frase «*Quo usque tandem...*» ya debía de estar firmemente arraigada en la conciencia literaria romana en el momento en que Salustio escribía su relato de la «guerra» veinte años después. Tal era su arraigo que, con aguda o jocosa ironía, Salustio la puso en boca de Catilina. «*Quae quo usque tandem patiemini, o fortissimi viri?*» («¿Hasta cuándo seguiréis tolerando esto, mis valientes?»), son las palabras con las que el revolucionario de Salustio agita a sus seguidores, recordándoles las injusticias que sufrían a manos de la élite.